

EN TRINEO CON NAPOLEÓN



EN TRINEO CON NAPOLEÓN

Durante la retirada de Rusia, 1812

por

Armand de Caulaincourt



Leer y Viajar

INTERfolio

Clásico

10/10

10/10





NOTA DEL EDITOR 9

JUSTIFICACIÓN 19

I.- DE SMORGON A VARSOVIA 21

II.- DE VARSOVIA A DRESDE 95

III.- DE DRESDE A PARÍS 170

IV.- LA LLEGADA A PARÍS 199

NOTA DEL EDITOR

«*La Historia la escriben los vencedores*» *, y no tenemos que recordar que Napoleón Bonaparte no fue, finalmente, el vencedor. Con lo cual podríamos decir que él no escribió la Historia, ni siquiera su historia, si no que lo hicieron los ingleses y sus aliados, más concretamente un ejército de gacetilleros a sueldo e historiadores cercanos al nuevo orden y al nuevo poder. Supongamos que hablamos de la génesis de las *fake news*. Pero, incluso sin suponerlo, convendrán conmigo en que la Historia que cuentan los vencedores debe ser siempre puesta en *cuarentena* por razones obvias: la *Historia* que estos escriben narra un único y mediatizado punto de vista y ataca el concepto mismo de la verdad objetiva, puesto que su narración es un intento de controlar el pasado y, por ende, el futuro. Las atrocidades de los campos de batalla pasan a los campos de las páginas en blanco de una manera muy *sui generis*. Esta *Historia*

escrita no concibe que un hecho pueda ser verdadero a menos que ese hecho nos guste en tanto que vencedores. Si bien esta no es, pasados los siglos, la Historia que escribirán los historiadores (menos mal), sí es la Historia que alcanza, en su momento, la mente de la opinión pública y la que, por misteriosas razones, perdura de generación en generación. Así pues, hoy no es difícil escuchar de boca de muchos franceses opiniones más que negativas sobre Napoleón que vienen de los gacetilleros de los que acabamos de hablar. La imagen que muchos franceses tienen hoy de Napoleón, es la imagen con la que la propaganda inglesa dirigió la opinión pública europea. Como muestra de lo que digo, echen un ojo a las polémicas en torno a las actividades conmemorativas en Francia del bicentenario de la muerte de Napoleón durante este 2021. Y, sin embargo, mucho de lo que es hoy Francia, su administración, sus instituciones, su ordenación territorial, sus leyes, su imagen exterior, etc., vienen del primer Imperio.

Pero no tiremos más de este hilo puesto que lo que van ustedes a leer está muy lejos del principio de esa madeja, más bien está antes de la madeja. Está mucho antes de esta perversión de la Historia, que no perdura entre los historiadores, precisamente, por contar con textos como el que tiene usted en la mano.

Tengo que reconocer que deben levantar un poco el polvo y las telas de araña al estilo de Caulaincourt, pero por culpa nuestra, pues hemos intentado conservar su estilo decimonónico. Sin embargo, a pesar de mantener su estilo, este no oculta la actualidad de algunas ideas y conceptos, sobre todo en cuanto a la idiosincrasia política de

algunos países europeos que parece haber permanecido inmutable más de 200 años, particularmente Inglaterra. Y, quizá, España. El lector verá aquí una de las partes más densas del texto: demasiadas intrigas, demasiados intereses, demasiada corrupción, demasiada traición y demasiados salvapatrias pensando solamente en un lugar de poder donde aparcar sus reales posaderas... más que hoy en día. Créanme, algo hemos mejorado, aunque a simple vista tengamos un nivel de enredo e impunidad similar.



Por suerte, contamos con los revisionistas de la Historia, esa gente de letras que se cuestiona todo y pueden poner patas arriba un país solamente por repasar la versión de los derrotados¹ y darle repercusión. Pienso, por ejemplo, en Oleg Sokolov, el historiador ruso que ha *revisité* la campaña de Rusia de Napoleón y ha conseguido ser uno de los intelectuales más odiados de todas las Rusias. A pesar de estar en la cárcel por asesinar y descuartizar a su amante (una de sus jóvenes alumnas) ha levantado una gran ola de inquina y repulsión entre sus compatriotas,

¹ *A efectos bélicos no puede hablarse de derrota en relación a la campaña de Rusia, pues la Grande Armée ganó todas las batallas. Esa es la ironía, avanzaron de victoria en victoria hasta la derrota final durante la retirada. El desastre político y humano es conocido a grandes rasgos por todo el mundo.*

no por este hecho, sino por dar la razón a Napoleón y a la *Grande Armée* para gloria de Francia y para vergüenza de Rusia. Parece increíble que ciertos hechos que están en los libros hace 200 años puedan levantar ampollas en la sociedad si se cuentan desde el punto de vista del perdedor o, simplemente, si se propone cambiar un concepto: por ejemplo, el concepto de *guerras napoleónicas*, al que los ingleses le hicieron propaganda en su momento y que algunos historiadores actuales quieren cambiar por razones obvias. El término hace pensar que todas las guerras fueron ofensivas, iniciativas y provocaciones de Francia y de Napoleón. En rigor, no fue exactamente así, pero el concepto *guerras napoleónicas* responsabiliza directamente a una nación sobre el resto (el vencedor es quien lo escribe, recuerden). Y la Historia no puede permitirse ese prejuicio preanalítico en el que, desde la primera línea de la narración, está conduciendo al lector y a la posteridad a pensar en una dirección. Así que, ¡bienvenidos revisionistas!



Ataquemos ahora el texto de Caulaincourt, no directamente, claro, no es nuestra intención hacer un *spoiler*.

Las memorias de este *hábil y honrado diplomático*, constan de tres gruesos volúmenes. «*Hábil y honrado diplomático*» lo reconoció tanto Napoleón, como el zar Alejandro, como Luis XVIII durante la segunda restau-

ración, estamos fuera, pues, de la metafórica madeja histórica de vencedores y vencidos que mencionábamos en el segundo párrafo. De esos tres gruesos volúmenes de memorias, los dos primeros tomos están dedicados a su periodo en la embajada de Rusia y a la guerra contra dicho país que él intentó evitar. Dentro del segundo tomo se encuentra esta joya que narra el viaje con Napoleón en trineo desde la actual Bielorusia hasta París. Fueron 14 días con sus noches, no exentas de vértigo y peligros pues, además del frío, debían esquivar zonas no aliadas. No hay que decir el grado de intimidad que Caulaincourt alcanzó con Napoleón, facilitado por el hecho de que ya les unía una amistad más allá de la política. El lector lo comprobará en las múltiples ocasiones en las que nuestro *hábil diplomático* lleva la contraria al Emperador sin el más mínimo pudor. Hay que señalar que, mientras avanzaban hacia París, poco sabían de la evolución del ejército en su retirada, de la multiplicación del desastre que se estaba produciendo a sus espaldas y del drama humano que pasaría a la Historia. Los correos con los que principalmente se cruzaban eran los correos provenientes de París. No es estrictamente necesario tener conocimientos históricos para la lectura de este libro. Es cierto que conocer una serie de datos podría contribuir al disfrute de esta lectura, pero, como decimos, no es imprescindible. Ello no quita que les animemos a ampliar sus conocimientos sobre este periodo.

La justificación que precede al texto es la nota preliminar con la que Caulaincourt introduce sus memorias, y nos pareció más que oportuno colocarla al inicio de esta edición.

El lector se quedará perplejo al leer algunos vaticinios políticos sobre Europa pero, principalmente, sobre América. Napoleón llega a apuntar teorías sobre los países que resultarán en el continente americano fruto de las guerras de independencia y las alianzas que esos futuros países del Nuevo Mundo formarán con los países europeos. La actualidad de algunas predicciones se nos antoja espeluznante.



A estas alturas de esta nota de editor ya se habrá dado cuenta el lector de lo que queremos decirle. Y es que tenga cuidado, que estas confidencias pueden hacerle cambiar de opinión sobre esta controvertida figura cuya mente, al fin y al cabo, era la mente de un visionario. El sueño de Europa y de una monarquía universal encabezada por él, tantas veces mencionado por Caulaincourt, y otras tantas veces negado por Napoleón es, finalmente, zanjado por el Emperador con esta frase: «Europa, ese imperio universal, es un sueño, pero yo estoy muy despierto.»

El final de Napoleón entre la campaña de Rusia y la batalla de Waterloo, pasando por Elba, el gobierno de los 100 días y el destierro definitivo en Santa Elena, es bien conocido. Y también son bien conocidos los errores y las fallas del Imperio napoleónico y las vidas que costaron; pero una cosa que también es conocida y nadie

puede negar es que ninguna monarquía europea pudo volver a ser lo que era antes de la Revolución Francesa y antes de Napoleón. Sabiendo esto a posteriori, el texto de Caulaincourt está teñido de una extraña atmósfera, esa que parece decirnos cara a cara que estamos presenciando el principio del fin de un Emperador consciente de aquello que iba a perdurar de su paso por el mundo.



Nuestro principal slogan es «los testimonios de quienes que han estado allí» y por esa razón siempre publicamos testimonios reales y repetimos hasta la saciedad que «no dejes que te lo cuenten»; así que lean los testimonios directos, cuantos más mejor, y saquen sus propias conclusiones. ¿De qué otra manera, si no, podríamos liberarnos de las interpretaciones de otros?

** La frase que inicia esta nota del editor la escribió George Orwell en 1944 en su columna de la Tribune, en plena Segunda Guerra Mundial. Entonces ya era más que una intuición que «la primera víctima de una guerra es la verdad.»*

INCIPIT · LIBER

JUSTIFICACIÓN

Los acontecimientos europeos que tuvieron lugar entre 1807 y 1812 tuvieron tan grande influencia sobre los que les siguieron más tarde, y que colocaron el control de los destinos de Europa en manos de Rusia, que estoy convencido del inapreciable valor que representa la conservación de las notas que tomé mientras observaba las variadas circunstancias de aquellos días.

El único fin que me llevó a escribirlas fue tener una crónica de mi vida, de mis impresiones y de mi conducta. Desde entonces, he llegado a mirarlas como un material indispensable para completar la parte oficial de mi correspondencia como embajador y, hasta quizá, para la historia de esta grandiosa época.

Mi objetivo se verá colmado si mis notas ayudan igualmente a formar una opinión sobre el carácter y los designios políticos del emperador Napoleón.

Estas fueron escritas en todas partes: en mi escritorio, en el de campaña; cada día y a todas horas, y son el trabajo de cada momento. No he retocado ni disfrazado nada porque, aun cuando hubo instantes en que el hombre se mostró a sí mismo, era al *semidiós en realidad a quien uno reconocía frecuentemente. Más de una vez se me ocurrió pensar que este diario, escrito delante mismo de los ojos del Emperador, bien pudo caer en sus manos; pero tal reflexión no* refrenó mi pluma. Este hecho es una respuesta a aquellos que tanto han proclamado que un hombre no puede nunca pensar, expresarse ni escribir al lado de su rey y que la verdad desnuda lo transformaría en su irreconciliable enemigo. Indudablemente que la verdad enfriaba su benevolencia; pero su fuerte y altivo carácter no le impedía admitir todas las críticas hechas de buena fe. Yo confiaba que, no siendo mis notas sino el exacto recuerdo de lo que habíamos hablado y compartido, únicamente le podrían parecer injuriosas si las publicara como un ataque a su política y a su buena fama.

Si estas páginas fueran leídas algún día y severamente juzgadas, espero que se me concederá indulgencia considerando los acontecimientos bajo cuyo influjo fueron redactadas.

GRAL.

ARMAND AUGUSTIN LOUIS DE CAULAINCOURT
DUC DE VICENCE

CAPÍTULO I

DE SMORGON A VARSOVIA

Partimos exactamente a las diez de la noche (5 de diciembre de 1812). El Emperador y yo estábamos en el coche de dormir; el valiente Wonsowicz venía a caballo al lado del carro y Roustam también cabalgaba junto a Fagalde y Amodru¹, los mozos de espuelas. Uno de ellos se adelantó para disponer los caballos de posta en Ashmiany.

¹ Amodru, nombrado mozo de espuelas en 1813, siguió a Napoleón a la isla de Elba. Era su mozo de espuelas en Waterloo y, tras la batalla, llevó los caballos de las riendas a Avesnes. No se unió al Emperador hasta Laon. Saliendo con él de Malmaison hacia Rochefort se sintió ofendido ante una observación de Napoleón, que le ordenó disimular su cinturón y su cuchillo de caza con el sello de la Casa Imperial puesto que podrían desvelar su identidad, a causa de esto abandonó el cortejo.

Duroc y el conde de Lobau siguieron en la primera calesa, y el barón Fain y el señor Constant en la segunda. Los preparativos habían sido tan cuidadosamente hechos, el secreto tan bien guardado, que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que iba a suceder. Con excepción del Gran Mariscal y del barón Fain, nadie tuvo la menor idea de quienes partieron en aquel viaje hasta el día 17, cuando los mariscales fueron notificados.

El Emperador llegó a Ashmiany cerca de medianoche. La división de Loison y un destacamento de la caballería napolitana habían tomado posición durante la tarde. Estaba helando fuerte. Las tropas seguían llenas de confianza en la creencia de que estaban cubiertas por el grueso del ejército, por esta razón las posiciones, mal situadas, estaban también mal protegidas. El grueso de la división fue acuartelado en la ciudad, donde no quedó nadie que no se encerrara para escapar del frío, riguroso en extremo.

Poco antes de la llegada del Emperador, un ruso al mando de algunas tropas de cosacos y húsares se había aprovechado de esta coyuntura para realizar una incursión en la ciudad. Degollaron algunos centinelas y capturaron unos pocos hombres como únicos resultados de su expedición. Descargas de fusilería de soldados emplazados en distintas casas pronto obligaron a los rusos a batirse en retirada. Después tomaron posiciones que dominaban la ciudad y la bombardearon un buen rato. El señor Dirk van Hogendorp, que llevaba las órdenes del Emperador y el correo ordinario, nos alcanzó cuando estábamos esperando las fuerzas y a los napolitanos.

El Emperador vaciló un momento si era mejor esperar el amanecer para partir. La calesa que nos seguía no había llegado aún. Tuvimos una especie de consejo para decidir si no sería conveniente enviar unas cuantas compañías de infantería para conservar el camino abierto en caso de que los rusos trataran de ocuparlo. Esta precaución, no obstante, nos habría demorado y podría haber alertado al enemigo de la preparación de la partida del Emperador. Por esta razón decidimos enviar a lo largo del camino una pequeña avanzadilla compuesta por un grupo de la caballería napolitana que hicimos seguir escalonadamente por otros dos. Los restantes fueron divididos, la mitad marchando delante de nosotros y la otra mitad detrás. Se dispuso que los caballos de silla del Emperador que nos habían seguido desde Smorgon vinieran hasta Miedniki. El frío iba en aumento y los caballos de la escolta no podían asegurar sus pasos. De todos los destacamentos que nos acompañaron apenas sobrevivieron quince hombres hasta la posta y, al llegar a Vilna, unos ocho, incluyendo el general y algunos oficiales.

A unos cinco kilómetros de distancia de Miedniki, al amanecer, encontramos al duque de Bassano, que ocupó mi lugar al lado del Emperador. Como este no deseaba entrar en la ciudad, marché adelante en el carruaje del señor Bassano para llevar las órdenes al gobierno y hacer los arreglos posteriores sobre nuestro viaje. Se ordenó con acierto disponer que yo mismo fuera a Vilna, pues al señor Hogendorp, recién llegado, le había sido imposible preparar nada puesto que le habían obligado a él solo a despertar a la gente después del baile del duque de Bassano. Ellos se

entregaban a la danza mientras los demás se morían de frío. Los habitantes de Vilna no tenían conciencia de nuestra situación, ni de lo que había sucedido, ni de lo que estaba por ocurrir. Conseguí unos diez hombres para la escolta. No había caballos de refresco. Tuve que tomar los del señor Bassano para el segundo relevo. Nadie tenía la más mínima sospecha de que el Emperador estaba tan cerca.

El Emperador se detuvo a cambiar los caballos en las afueras de la ciudad. Yo llegué casi al mismo tiempo y partimos inmediatamente. En Vilna yo había comprado botas forradas de piel para todos los viajeros, cosa que me agradecieron más de una vez cuando nos encontramos más tarde en París. Sin duda habrían llegado con uno o dos miembros para amputar a causa del frío si no hubiera sido por mi precaución. Duroc y el conde Lobau llegaron cuando nosotros habíamos partido. Los napolitanos, que aún actuaban como escolta, tenían las manos o los pies congelados. Encontré al oficial comandante² con ambas manos apretadas contra la estufa. Esperaba aliviar su agudo dolor y tuve gran dificultad en hacerle comprender que estaba arriesgando la pérdida de sus manos haciendo eso. Lo obligué a que se las frotara con nieve, tratamiento que aumentó tanto sus dolores que no le fue posible continuarlo.

El señor Wonsowicz, que estaba cansado, tomó el lugar del sirviente en el carruaje del Emperador. Llegamos a Kovno dos horas antes del amanecer³. El correo había

² Este comandante era el duque de Rocca-Romana. Durante la noche el termómetro descendió hasta 35° bajo cero.

³ El 7 de diciembre, a las cinco de la mañana.

encendido fuego en una especie de taberna a cargo de un marmitón italiano que se había quedado rezagado allí desde el paso del ejército. La comida nos pareció soberbia, sobre todo porque estaba caliente. Buen pan, aves, una mesa, sillas y mantel. Todo esto eran novedades para nosotros. Solamente el Emperador había estado bien servido durante la retirada, es decir, había tenido siempre pan blanco, ropa blanca, su Chambertin, buen aceite, chuletas de buey o de carnero, arroz y habas o lentejas, sus verduras favoritas. El Gran Mariscal y el conde de Lobau se nos unieron allí.

No recuerdo haber sufrido nunca tanto frío como en el viaje de Vilna a Kovno. El termómetro había descendido a 20° bajo cero. A pesar de que el Emperador estaba vestido con lana gruesa, cubierto con una buena capa, con sus botas forradas de piel y además con un saco de piel de oso, aún se quejaba tanto del frío que tuve que cubrirlo con la mitad de mi propia pelliza de piel de oso. El aliento se helaba en los labios, y se formaban partículas de escarcha bajo la nariz, sobre las cejas y alrededor de los párpados. Todas las telas del carruaje, y particularmente la cubierta, donde se acumulaba nuestro aliento, estaban completamente heladas y blancas.

Cuando llegamos a Kovno, el Emperador temblaba como si tuviera fiebre.

En Rumsiskes encontramos un regimiento próximo a marchar. En el camino de Vilna a Kovno, el Emperador se planteó de nuevo el problema de tomar, como tenía proyectado, la ruta directa por Könisberg, continuando a París por Posen. Si, ante cualquier incidente, alguien lo

reconociera, ¿sería prudente estar atravesando toda Prusia en ese hipotético momento? Teníamos un comandante en cada ciudad; pero, aparte de los regimientos sobre la línea de marcha, carecíamos de tropas.

Por otra parte, había tanta nieve que podíamos retrasarnos seriamente si seguíamos un camino menos frecuentado en el que no hubiera estaciones de postas para cambiar de caballos. Estas consideraciones nos hicieron vacilar en cuanto a elegir el camino a través del ducado de Varsovia, el cual, desde otros puntos de vista, era el más seguro. Si no queríamos ser demorados, era preciso adoptar previsoras medidas e ir pidiendo los caballos. Después de sopesar de nuevo las ventajas y desventajas de cada plan, nosotros llegamos a una decisión. Digo *nosotros* porque el Emperador rehusaba juzgar la cuestión e insistía en que solamente yo la decidiera, lo cual, lo confieso, me parecía una gran responsabilidad y me mortificaba considerablemente. Finalmente tomé una decisión: cogeríamos el camino hacia Könisberg, pero conservando la posibilidad de cambiar la dirección en Mariampol si se llegaba a saber que los caminos en el ducado eran transitables.

Fagalde fue enviado por delante hasta Gumbinnen. No fue sin alguna dificultad que trepamos por la escarpa pendiente, casi perpendicular, que se debía salvar saliendo de Kovno dirección Mariampol. Nos vimos obligados a bajar y caminar. Como los caballos se caían o se les perdían las herraduras a cada momento, el vehículo estuvo varias veces a punto de patinar pendiente abajo y de perderse en el precipicio. Ayudando a girar las ruedas conseguimos alcanzar Mariampol.

Consulté con el jefe de la casa de postas, un hombre valiente, lleno de celo y buen sentido, que me aseguró que los caminos eran practicables y que si le avisábamos dos horas antes de salir se encargaría de preparar relevos de caballos para nosotros hasta Varsovia, yendo por Ausgustów. El deseo de cruzarse con sus despachos de correo de Francia hizo inclinarse un poco al Emperador hacia el camino de Könisberg; pero al final me dejó elegir a mí. Yo no vacilé. Envié instrucciones a Fagalde para encontrarnos en Posen y envié al dueño de postas a lo largo del camino de Varsovia con instrucciones de tener listos caballos a mi nombre hasta más allá de Pultusk, donde debía esperarnos. Como él ya había visto antes al Emperador lo reconoció en cuanto llegamos. Me prometió no decírselo a nadie ni mencionar su nombre. Y mantuvo su palabra. El Emperador le habló, lo cual le halagó mucho.

Partimos una hora después de él y encontramos caballos de campesinos por todas partes; pero, como nuestro carruaje marchaba sobre ruedas y no había tiempo de ponerle deslizadores, nos fue imposible avanzar a través de la nieve que se había amontonado hasta una altura considerable.

Los trineos del correo, en cambio, volaban sobre la nieve. La suerte me permitió descubrir un trineo guardado en la primera estación de relevo⁴. Fue un indicio de buena fortuna, en vista de la impaciencia del Emperador por llegar al fin de su viaje. El caballero que poseía el trineo estu-

4 En Gragow.

vo conforme en cedérmelo por unos pocos napoleones⁵. El Emperador y yo nos instalamos en él. Dejamos el carruaje a cargo de un lacayo, que valientemente lo había acercado, y que ocupó el sitio del palafrenero. El Emperador apenas nos dio tiempo de trasladar nuestros abrigos y armas. Por falta de espacio en el trineo se vio obligado a abandonar su equipo de tocador. Los asientos, además, resultaban bastante incómodos. El Emperador, mal sentado, peor apoyado y encerrado; con el afán de llegar cuanto antes, había sacrificado todas las cosas que hacen más soportable un largo viaje. A partir de ese momento marchamos más fácilmente; incluso rápidamente. El gran mariscal, que se nos había unido de nuevo en Mariampol, quedaba ahora detrás de nosotros a poco más de un kilómetro de esta ciudad. Después no vimos jamás ni un carruaje ni un hombre de todos los que habían dejado Smorgon con el Emperador.

El Emperador se mostró muy alegre tan pronto como entramos en el ducado, estuvo hablando incesantemente del ejército y de París. No dudaba de que el ejército permanecería en Vilna y no admitía de ninguna manera la enormidad de sus pérdidas.

«Vilna está bien provista de víveres y lo pondrá todo en orden nuevamente —me dijo—. Hay más provisiones de las que se necesitan para resistir al enemigo. Los rusos estarán al menos tan cansados y sufrirán tanto el frío como

⁵ El conde y senador polaco Wybicki había mandado construir este carruaje sobre patines para su hija que acababa de contraer matrimonio. El Emperador mandó que se le pagaran 10.000 francos.

nosotros; no hay duda de que se dirigirán a sus acantonamientos. No se verán más que cosacos. Las órdenes y recomendaciones que dejé al señor de Bassano anticiparán todo lo que pueda ocurrir. Él confía en el sentido del honor de Schwarzenberg, mantendrá su posición y defenderá el ducado. Bassano le ha escrito, así como a Viena y Berlín.»

El Emperador ansiaba solamente conocer el efecto que nuestros reveses habían tenido en aquellas dos cortes. Estaba convencido, sin embargo, de que su regreso a París le restituiría su preponderancia política.

«Nuestros desastres —decía—, producirán una gran sensación en Francia; pero mi llegada contrarrestará sus malos efectos.»

Planeaba aprovechar su paso por Varsovia para exaltar a los polacos.

«Si desean realmente ser una nación, se levantarán como un solo hombre contra sus enemigos —agregó—. Y si lo hacen, apelaré a las armas para defenderlos. Más tarde me sería posible garantizar a Austria concesiones que le son primordiales; luego, nosotros podríamos proclamar el restablecimiento de Polonia. Austria tiene más interés que yo, puesto que está muy cerca del coloso ruso. Si los polacos no hacen lo que deben, esto simplificará las cosas para Francia y para todo el mundo, porque entonces la paz con Rusia será muy fácil.»

Se jactaba, o intentaba persuadirme de ello, que todos los gabinetes de Europa, incluso los ofendidos por el poder de Francia, tenían un gran interés en no dejar que los cosacos cruzaran el Niemen.

«Los rusos deben parecer a todos los pueblos una plaga —dijo a continuación—; la guerra contra Rusia es una guerra que beneficia claramente a la vieja Europa y a la civilización. El emperador de Austria y el señor Metternich se dan cuenta tan bien de esto que a menudo me lo han dicho en Dresde. El emperador Francisco conoce perfectamente el débil y falso carácter del zar Alejandro; desconfía de él, habiendo sido ya desengañado por sus protestas y defraudado por sus promesas. El gobierno vienés comprende esto perfectamente, además del contacto de Rusia con Austria a través de una amplia extensión de fronteras, todos los intereses opuestos que nacen de esta situación y los proyectos de Rusia sobre Turquía la harían doblemente peligrosa. Los reveses que Francia acaba de sufrir pondrán fin a todos los celos y aquietarán todas las ansiedades que puedan haber nacido de su poder o influencia. Europa pensaría en un solo enemigo. Y ese enemigo sería el coloso ruso.»

Yo respondí francamente al Emperador.

«En realidad, temen a Su Majestad. Es la causa de la inquietud de cada uno de ellos y lo que les impide ver otros peligros: lo que temen los gobiernos es la monarquía universal. Su dinastía, Majestad, ya está extendida por todas partes, y las otras dinastías temen verla establecida en sus propios países. En este momento, todos los intereses alemanes están siendo vulnerados por el sistema fiscal adoptado desde hace tres años. La inquisición política desarrollada por ciertos representantes sin tacto ofende la opinión nacional, hierde el orgullo de todos y va en contra de sus costumbres. Todas estas causas y consideraciones que, quizá, le han sido ocultadas en parte a Su Majestad,